

piritual entre los creyentes soviéticos: un fenómeno insólito, según él, que no tiene parangón en otras comunidades eclesiales del Oriente y Occidente. Quería saber cómo ha sido posible.

El relato de Forest es muy personal; ofrece un cuadro vivo de la situación, basado en sus experiencias y sobre todo en entrevistas que hizo a personas relevantes de las confesiones religiosas: ortodoxos, católicas, baptistas, luteranos, metodistas, adventistas, menonitas, judíos, musulmanes, budistas.

El libro se divide en dos partes: la primera es de tipo histórico, que arranca desde la situación todavía represiva del año 1987 y llega hasta el renacimiento notable que supuso la celebración del milenio en el año 1988. La parte siguiente expone la historia reciente de las diversas confesiones religiosas en Rusia. El mismo autor confiesa que su obra es un bosquejo: ¿cómo exponer adecuadamente la situación religiosa de una zona donde hay una diferencia de 11 horas de un extremo geográfico a otro? Entre otras cosas concluye que no ha sido el hecho de la persecución, sin más, lo que ha fomentado la religiosidad en Rusia. La religiosidad, si bien fue acrisolada por la persecución, ha sido siempre en cierto sentido connatural al alma rusa, y sigue profundamente arraigada en ella. El sentido de lo divino, de lo sagrado, de lo ritual, está siempre presente en el espíritu ruso, de modo más o menos calado.

La lectura del libro resulta enriquecedora. Proporciona una idea del proceso de resurgimiento de la vida religiosa en una Rusia de numerosas variantes y peculiares problemas. Es de agradecer el esfuerzo constante del autor por presentar los hechos y dejar hablar a los representantes respectivos de las diversas religiones, sin colorear el

relato excesivamente con opiniones personales.

J. Alviar

Stephen GALIPEAU, *Transforming Body and Soul*, Paulist Press, Mahwah, 1990, IX + 155, 14, 2 x 21.

Esta obra breve forma parte de la colección «Jung y la espiritualidad», proyectada como lugar de encuentro entre la teoría psicológica de Jung y diversas tradiciones espirituales. El autor es un ministro episcopaliano y a la vez un psicoterapeuta que lleva más de 18 años en el oficio. En este libro se propone analizar las curaciones que obró Jesús y que están relatados en los Evangelios, bajo el punto de vista de la psicología, para sacar conclusiones que puedan servir para un «ministerio de curación» tal como se practica en algunas comunidades cristianas. En realidad influye en su análisis no sólo su formación psicológica jungiana sino también peculiares perspectivas de la teología episcopaliana.

La interpretación de los exorcismos resulta algo parcial: el autor, basándose poco en la literatura exegética especializada, emplea las luces de la psicología jungiana e interpreta los «demonios» en los relatos evangélicos como complejos psicológicos de los que Jesús libró a las víctimas. De modo semejante entiende las curaciones de los parálíticos: tienen lugar cuando Jesús dice a los enfermos que sus pecados son perdonados, porque la causa de su parálisis física, era los complejos de culpabilidad.

El autor mismo admite que esta interpretación psicológica de las curaciones tiene su límite, como en el caso de la resurrección de la hija de Jairo. Aquí el autor compara la acción de Je-

sús con la de un shamán, atribuyéndole un poder de actuar sobre el alma de la difunta que aún «estaba cercana». Esta sugerencia, sin embargo, no parece tener sólido fundamento. En cuanto a los otros dos casos de resurrección —el del hijo de la viuda de Naím y el de Lázaro— el autor sugiere que los evangelistas fueron más allá del suceso histórico: esas resurrecciones probablemente no tuvieron lugar de la manera como se han descrito. Lo más plausible es que, en cada caso, el evangelista ofreció —en forma simbólica— un símbolo teológico sobre Jesús y de la muerte espiritual.

La obra acierta al apuntar hacia la relación entre una enfermedad/curación física y la experiencia interior: la persona es una, pero compleja. El grado de correlación, sin embargo, es algo que hoy día sigue siendo oscuro. Desde el punto de vista teológico la presentación de Jesús (dudosamente omnipotente) y de los evangelistas (dudosamente fieles al evento) es muy discutible: está hecho desde unas perspectivas muy particulares de la psicología y de la exégesis bíblica.

J. Alviar

Richard KROPF, *Security and Risk*, Paulist Press, Mahwah 1990, VI + 186 pp., 14 x 21, 5.

R. W. Kropf, doctor en teología por la Universidad de Ottawa y St. Paul University (Ottawa), ha sido capellán universitario y profesor en filosofía, teología y psicología. El libro que ahora saca a la luz tiene una intencionalidad práctica: servir como guía para personas que buscan madurar su fe, y para pastores que dirigen almas. Ofrece una reflexión sobre del acto de fe —acerca de su esencia y de su dinamismo—, inspirándose en ideas de autores variados, principalmente Viktor Frankl, y secundariamente

también Paul Tillich, Avery Dulles, y James Fowler (cuyo esquema de las etapas de la fe sigue el autor).

La noción de «fe» que se puede coleccionar de los primeros capítulos de libro es la siguiente. El hombre es un ser finito que busca plenitud en algo fuera de sí mismo. Dios es quien ofrece esta plenitud al hombre, pero reclama de él un compromiso y una entrega: abandonar, en cierto sentido, la seguridad humana. En el acto y en la vida de fe, por tanto, se halla una mezcla de dos elementos, la seguridad y el riesgo.

En los capítulos centrales el autor describe los estadios de la vida de fe, siempre con esta ambivalencia: desde sus comienzos, pasando por el crecimiento y momentos de crisis, hasta llegar a una fe madura. En esta descripción, sobre todo de las primeras etapas de la fe, se puede apreciar la experiencia pastoral del autor. Quizá más discutible es la exposición que hace de los ulteriores estadios o dimensiones de la vida de fe, denominadas por el autor «conjuntiva» y «unitiva». En este terreno, el autor se apoya, al menos en parte, en una visión teilhardiana de una evolución cósmica encaminada hacia un «Cristo cada vez mayor», y sugiere la perspectiva de prescindir, en cierta medida, de la seguridad incluso de lo confesional —en el grado más sublime del abandono, incluso de lo cristiano—, porque la fe conlleva una actitud radical de olvido de uno mismo y de renuncia a una vida segura en sus estructuras confesionales. Este planteamiento provoca la pregunta: ¿es realmente concebible una fe «universal», libre de constreñimientos confesionales o contenidos nítidos? Este aspecto no parece concordar bien con la lógica de la economía salvífica, que es «encarnacional-concreta».

J. Alviar